

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 12 de Abril de 1917.

Número 15.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

ANIVERSARIO

Anteayer, día 10, hizo treinta y seis años que fundé *EL MOTÍN*, «para destruir las ermitas del republicanismoy con sus materiales construir una catedral», y para combatir al clericalismo.

Evoco esos años, hago desfilar mis actos ante mí, y reconozco que no he sido afortunado en mi labor; pero quedo satisfecho, si no de mis aciertos, de mis intenciones.

Y orgulloso, más aún que de lo que hice, de no haber hecho nada que pudiera impedirme hoy decir á mis correligionarios con la frente alta; (todo lo alta que puede mantenerla el hombre que pide):

«PIDO á cuantos crean que *EL MOTÍN* ha representado y representa algo en el republicanismoy el librepensamiento, que me ayuden desde ahora á sostenerlo, cada uno en la forma que le plazca y en la medida que pueda.»

JOSÉ NAKENS

¡Sursum corda!

Los Estados Unidos están ya en guerra con Alemania, en defensa de los derechos de la Humanidad.

El entusiasmo de aquel gran pueblo excede á toda ponderación, y las medidas que adopta asombran por lo formidables y lo rápidas.

La República China lo ha secundado, y todas las de la América latina se preparan para seguir el ejemplo.

Y en vista de esto, y de que Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega y

Suiza no pueden intervenir en la guerra por su situación geográfica, resulta lo siguiente:

Que la única nación de Europa, Asia y América que no toma parte en la universal contienda, es España.

Lo que plantea esta cuestión: O España es el único pueblo del mundo que rinde culto á la justicia manteniéndose neutral, ó es el único que de ese culto se aparta.

Y como no puede admitirse el absurdo de que todos los pueblos se equivoquen y España acierte, preveo para mi patria un mañana triste: el de compartir con Alemania la odiosidad universal. Con esta desventaja: que á ese imperio, aun después de vencido y desmembrado, podrá admirársele por el esfuerzo realizado, mientras que sobre España caerá el anatema que merecen los pueblos que, obligados por su tradición á ser los primeros en todo lo grande, lo generoso y lo heroico, se olvidan de que hay algo superior á la vida, y es la honra.

Bélgica, destrozada por no haber accedido á que fuese violado su territorio, es grande.

España, intacta, pero no habiendo respondido con la arrogancia proverbial en ella al ver teñida con sangre de españoles sus aguas jurisdiccionales, inspira desdén ó repulsión.

Y no sirve invocar ya la neutralidad.

Los Estados Unidos, como las demás naciones que se preparan hoy para combatir á Alemania, fueron hasta ahora neutrales; y á pesar de que ninguna ha sido tan cruelmente tratada como España en la guerra submarina, han roto la neutralidad en defensa de los derechos de la Humanidad.

Lucida herencia vamos á dejar á nuestros descendientes. Cuando la guerra acabe, los hijos de los belgas muertos se enorgullecerán de sus padres, por haberles legado un tesoro de honor, heroicidades y sacrificios.

En cambio nuestros hijos se avergonzarán de nosotros, por no haberles transmitido ese mismo tesoro que heredamos de nuestros padres.

¡Cómo se transforman las razas!

De aquellos españoles que en Numancia llegaron á alimentarse de carne humana por no rendirse, y que aca-

baron arrojándose en una gran hoguera, á los que ahora nos aterramos ante la idea de que suban las patatas ó falte el carbón, ¡qué diferencia!

Aunque no hay que retroceder tanto.

Entre los que á comienzos del pasado siglo llegaron á pagar treinta reales por un ratón ¡si tendrían hambre! durante el sitio de Gerona, y los que nos asustamos hoy como ratones al oír que va á encarecerse la carne ¡qué diferencia tan grande también!

¡Pobre España! ¡A lo que ha llegado! ¡A que le den lecciones de virilidad y patriotismo las demás naciones, habiéndoselas dado ella á todas!

¡Debemos, no obstante, perder por completo la esperanza de volver á ser lo que fuimos? No. Sería insensato. Los pueblos que fueron grandes, conservan hasta en sus mayores caídas alguna idea, alguna tradición alguna costumbre que puede, en un momento dado, resucitar el cadáver al grito de «¡levántate y anda!». Y España, afortunadamente, está en este caso.

Sin ir más lejos, ayer, domingo de Pascua, dió una prueba inconcusa de que no todo lo tradicional ha muerto en ella. ¡Todas las plazas de toros estuvieron de bote en bote, lo mismo en Madrid que en provincias!

Arriba, pues, los corazones, y exclamemos con el rey godo:

«¡Aún hay patria, Veremundo!»

SANGRE Y ORO

El pueblo da su sangre por la Patria sin interés alguno. Terminada la guerra, la Patria devuelve los supervivientes, los hombres *que han sobrado* de la campaña, y, salvo contadas excepciones, no indemniza á las familias de los muertos.

Los capitalistas dan su oro á la Patria. Para que su desprendimiento fuera laudable, debían dar su dinero *sin interés*. Terminada la guerra, la Patria devolvería el dinero que no se hubiera gastado, las monedas *que hubieran sobrado* después de pagar todos los gastos de la campaña, y, salvo contadas excepciones, no indemnizaría á los capitalistas que se quedaran sin dinero. ¿Acaso el oro es más sagrado que la vida?

Así como durante la paz hay una ley de servicio obligatorio de hom-

bres, que requisa á todos los mozos útiles, debía haber una ley de servicio obligatorio del dinero, que requiriera todos los capitales disponibles (sin que hubiera lugar al pago de intereses), y con el oro recaudado se atendería á todos los gastos de Guerra y Marina. ¿Acaso el oro ha de ser más respetado que la sangre?

De ninguna manera. ¡Todo por la Patria!

Alguien creyó que el servicio obligatorio suprimiría la guerra, porque los gobernantes no querían que sus hijos fueran á campaña. La práctica ha demostrado que esto no es verdad. ¿Por qué no se ha de ensayar el servicio obligatorio de capitales? Claro está que con sus excepciones correspondientes; por ejemplo: si en España las pobrecitas Ordenes religiosas no dan quintos, que sus capitales tampoco sean requisados. Creo que el patriotismo de los capitalistas nada tendría que objetar.

¿Que todo esto es una utopía? ¡Quién sabe! Son muy grandes los gastos militares que todos los beligerantes tenemos. (Nosotros somos beligerantes en... Marruecos). Es posible que la idea que dejo apuntada fuera una solución.

F. R.

Villergas y su hija

El pueblecito de Gomeznarro, situado en la provincia de Valladolid y en el partido judicial de Medina del Campo, se dispone á celebrar el centenario de su ínclito hijo Juan Martínez Villergas.

Todo llega, aunque con retraso; porque Villergas vino á este pícaro mundo, en que tan agitada vida había de llevar, á 8 de Marzo de 1816.—En estas columnas, y á la hora debida, mi modesta pluma dedicó á aquel *espiritu valiente* (como los pedía Quevedo) una conmemoración cuyos términos no hay ahora necesidad de repetir.

Quien desee refrescar el buen recuerdo de aquel gran ingenio castellano y el que, por no estar enterado suficientemente, desee noticias cumplidas de la vida y las obras del mejor satírico que tuvimos en el siglo XIX, busque el libro *Juan Martínez Villergas*, que el docto catedrático de Valladolid D. Narciso Alonso Cortés tiene consagrado á aquel infatigable campeón de España, de la libertad y del buen humor. Es libro de aguda enseñanza, sabrosísima lectura y pintoresca «españolera andante».

Los articulistas que se agencian asuntos á la rebatiña y á la péscola no tienen más que entrar á saco el libro del señor Alonso Cortés para llenar fácilmente un par de columnas con prosa muy entretenida y versos de la mejor cepa que hay en la viña nacional.

Creánme y háganlo; que la figura literaria de aquel inquieto y honrado luchador á quien el pueblecito de Gomeznarro viene á dar hoy una «nota de actualidad» es muchísimo más interesante que la del *Enagüitas*, astro coletudo, ó la de Conchita Chamizo, tonadillera en pelo.

Esta «nota de actualidad» voy á aprovecharla yo, dentro del culto que todos los escritores debemos tributar á la memoria de un antecesor insigne, para una obra que de ningún modo pretende ser de caridad. Es de justicia. Es de simple decoro para un país que estime en algo á aquellos que tanto se esforzaron por alegrar su existencia, por mantener su renombre y por combatir á los malandrines que lo oprimieron y estrujaron.

Juan Martínez Villergas, después de haber ganado «á punta de pluma» mucho dinero, que gastó en sus intrépidas andanzas por las Américas, murió pobremente en la ciudad de Zamora el año 1894. De su matrimonio en 1850 con doña Inocencia Fernández dejó dos hijas, si no estoy equivocado. Ambas gustaron en su infancia toda la holgura de un hogar bien abastecido y todos los frutos de una esmeradísima educación. Frutos ¡ay! que luego se tornan muy amargos, cuando la suerte no corresponde á las necesidades adquiridas.

Una de aquellas hijas de Villergas (y repito que hablo sin informes precisos y cabales) hubo de establecerse como directora de un colegio de niñas. La otra—creo recordar que se llama Adela ó Amalia—casó con el tenor Dalmau, el más aplaudido que durante largo tiempo tuvo nuestra zarzuela, muerto en muy triste situación (después de una que pareció brillante. Esta viuda de Dalmau, esta hija del tan admirado como temido Martínez Villergas, se halla hoy en Oviedo reducida á ganarse la vida *vendiendo periódicos en la calle*.

Lo sé por una carta que esta pobre señora dirigió, hará un par de meses, á EL MOTIN (y este periódico publicó) pidiendo un par de «veinticinco» para la venta y doliéndose de la presión tiránica que ciertos elementos retrógrados ejercen sobre los que venden periódicos que no son de su gusto, quitándoles el pan que ganan sin darles en cambio un mal zoquete.

El pueblecito de Gomeznarro, honrándose así propio y elevándose á la altura de una capital culta y agradecida, se apresta á honrar la memoria de Villergas, y yo pregunto ahora, como en otras muchas ocasiones: mientras honramos á los muertos ¿no podemos hacer algo por los vivos en quienes se continúa su vida y su sangre?

Respondan por de pronto en Oviedo, donde una hija de Martínez Villergas está *vendiendo periódicos en la calle*, aquellos que en pueblo tan culto y noble se interesan por el ingenio español y tienen en alguna cuenta los ideales de justicia y patriotismo en cuya defensa gastó la vida aquel Quijote risueño, aquel caballero andante de las burlas valientes y vengadoras.

Respondan en seguida aquí en Madrid otros elementos á quienes si no les sobran tampoco les faltan medios para «redimir cautivos» en el sempiterno Argel del olvido y la miseria. ¿Puede hacer algo por la viuda del tenor Dalmau la Sociedad de Actores? ¿Pueden hacer algo, algo que le asegure un pedazo de pan honrosamente, por la hija de Martínez Villergas, paladín del periodismo, de las buenas letras, de la libertad y de España, la Asociación de la Prensa, la Sociedad de Escritores y Autores, el Círculo de Bellas Artes, el Ateneo de Madrid y aquellos centros regionales y liberales que en tan livianas fruslerías suelen gastar el tiempo y el dinero?

Me dirijo á tantos, que probablemente, entre todos, y como suele decirse, se quedará la casa sin barrer, y una hija de Martínez Villergas continuará vendiendo periódicos en las calles de Oviedo, mientras á su padre le dedican ditirambos y le endilgan coplas en el homenaje de Gomeznarro; pero con que una sola de las corporaciones á quienes acabo de aludir se haga cargo de la alusión, puede remediarse fácilmente el doloroso y humillante estado á que hoy se ve reducido Juan Martínez Villergas, que tanto y tan bien escribió y luchó, en la triste y abandonada persona de su hija.

Los homenajes póstumos no son más que escarnio y bafa cuando los herederos del ingenio ó del héroe glorificado andan por calles y plazuelas, con un guiño atrás y otro adelante, pregonando el olvido y la ingratitud de la patria. ¡Menos laureles para el muerto y más piedad para los seres en quienes sobrevive!

MARIANO DE CAVIA

El Imparcial.

Soberbia Crónica. Como de quien es.

Mientras Mariano de Cavia viva, resonará por lo menos en España una voz poderosa y vibrante que la enaltezca, honre á sus hijos preclaros, combata toda injusticia, ampare toda desgracia, y fustigue con el látigo de la ironía todo lo ridículo, todo lo pequeño, todo lo ruin...

Envidio á Cavia.

SOPLO DE JUVENTUD

Tu Crónica, querido Mariano, me ha aliviado un momento del peso de medio siglo, ¡que ya es carga!

¿Que por qué he creído tener cincuenta años menos? Por lo que vas á leer.

Aquel general vaciado en un molde que se rompió hace tiempo para desdicha de España, y que se llamó Juan Prim, ordenó á raíz de la revolución de 1868 que todo militar dispusiera de los pelos de su cara como se le antojase.

(Un paréntesis.

De entonces data la barba que llevo, y que...

(Ahora otro paréntesis dentro de éste, para confesarte avergonzado una debilidad que tuve en 1907 al verme condenado á presidio: la de preocuparme de que me repasen al ir á Ocaña esta barba de procedencia revolucionaria, adueñada de mi cara desde 1868. Los grandes hombres solemos ser ricos en pequeñeces)

... barba que, si por lo blanca me delata como viejo, por lo rala ya casi va compitiendo con mi cabeza en lo de denunciarme como hombre de poco pelo.)

¡Pero qué manera de divagar!, te estoy oyendo decir. ¡Al asunto, al asunto!...

Pues bien; como iba diciendo, Prim

concedió á los militares aquella autonomía, y yo escribí un artículo elogiándolo, artículo que con la firma *Un soldado* envié á Martínez Villergas, que al día siguiente lo publicó en su periódico.

La alegría que experimenté fué grandísima. ¡Un hombre como él acogiendo un escrito de un desconocido como yo! ¡Y publicándolo inmediatamente! Los que niegan que la felicidad exista, exageran un poquito la nota. Yo fui aquel día completamente feliz.

Excuso decirte que continué enviando originales á Villergas, en verso casi todos, y él insertándolos sin demora.

Un día mi hermano Agustín, que era quien se los llevaba, vino y me dijo, que Villergas había dado orden de que le avisasen cuando él llegara; que lo hizo pasar á su despacho y le preguntó si él era el autor de aquellos trabajos; que respondiéndole que era un hermano suyo, y que manifestó vivos deseos de conocerme.

Para pintarte la emoción que me produjo la noticia, te descubriré un secreto, que ruego me guardes: aquel día actué de intermediario para que reanudasen sus interrumpidas relaciones, que nunca fueron muy cordiales, mi cepillo y mi uniforme, y me planté á las seis de la tarde en la redacción de *Jeremías*, San Bernardo, 19.

Los elogios que me prodigó Villergas fueron grandes; y para probarme que mis versos eran superiores á los que él hizo al comenzar á escribir, me recitó unos que había leído, en 1835 si mal no recuerdo, al despedir á un batallón de voluntarios que salió para el Norte á combatir á los carlistas. Su deseo de animarme le hizo faltar á la verdad, pues aquellos versos eran infinitamente mejores que los míos.

A continuación leyó estos que yo le había enviado aquel día.

Los neos

Empezaron en Burgos
asesinando,
y hacen ahora funciones
de desagravio.
Y al estribillo:
así van las monedas
á su bolsillo.

Cristo del alma mía,
¡cómo te tratan
los que en club han trocado
tu santa casa,
los que te ofenden
predicando en tu nombre
muertes y muertes!

«¿Juráis, (á su auditorio
le dice un clérigo)
no dejar liberales
para un remedio?»
Y alucinado

el auditorio grita:

— «¡Sí, lo juramos!»

¿Juráis el perseguirlos
con odio innoble
hasta las más remotas
generaciones?

¿Juráis, hermanos,
beber sangre de herejes?

— ¡Sí, lo juramos!

— ¡Viva la fe católica!

— ¡Mueran los negros!

— ¡Viva el gran Pío Nono!

— ¡Muera el Gobierno!

— ¡Nada de tregua!

— ¡A beber de su sangre!

— ¡Mueran!... ¡Que mueran!

Se alborota el cotarro,
los gritos crecen;
unos lloran, mas otros
están alegres
de tal manera,
que se confunde el templo
con la taberna.

Palabras de exterminio
sólo se escuchan;
los ministros del culto
venganza juran,
y los fanáticos
¡aún llaman á esto, fiestas
de desagravio!

¿Es esta la doctrina
de aquel Cordero
que sufrió por el hombre
martirio cruento,
y en el suplicio
pidió perdón por todos
sus enemigos?

¡Pueblo! ¡Que te seducen
y que te engañan!
Déjate de sermones
y de patrañas;
juza los hechos,
y advertirás que es malo,
lo que crees bueno.

Dice así la doctrina
de Jesucristo:
«Haz á otro lo que quieras
que hagan contigo.»
Cumple con esto,
y riñe de las farsas
que invente el clero.

UN SOLDADO

Se deshizo Villergas en alabanza de estas seguidillas, pasando por alto ripios tan feroces como el del «Odio innoble» y concepto tan mal expresado como el «pedir perdón por», cuando debí decir *para*: descuidos garrafales que seguramente advirtió.

Me refirió después algunas de sus andanzas literarias y políticas, que escuché embelesado; me auguró un gran porvenir en literatura, cosa que el tiempo se ha encargado de desmentir, demostrando de paso que Villergas era tan buen poeta como mal profeta, pese al título de su periódico,

co, y más benévolo con los principiantes que con los ya consagrados. Dígalo, entre mil ejemplos que pudiera citar, el terceto este:

«Porque Cañete, mas que no le pete,
comparado con Flores es un genio,
comparado conmigo es un zoque.»

O aquellas quintillas, creo que del *Baile de Piñata*:

«Pues, señor, todo iba bueno,
mas una ocurrencia extraña
nos asustó como un trueno,
y es que al regresar á España
murió el conde de Toreno.
Cortó la guadaña impía
la cabeza de este pillo;
españoles, alegría,
y no escondáis el bolsillo
que murió José María.»

Al final de aquella para mí regia entrevista, me presentó Villergas á su esposa, una de las mujeres más hermosas é inteligentes que he conocido, y me despedí figurándome al bajar la escalera que yo podía hacer algo.

Después sólo hablé cinco ó seis veces con aquel gran escritor, gran español é ingenio soberano.

De la manera relatada y por la circunstancia referida, conocí yo, amigo Cavia, al hombre que elogias en tu Crónica. Y por esto me sentí al leerla aliviado un momento del peso de medio siglo y acaricié mi frente el vivificador soplo de una brisa de juventud.

Las frases que dedicas, querido Mariano, á los postreros años de Villergas y al abandono en que hoy está su hija, me han hecho pensar en que los encantos de la vida semigitanesca de la literatura y la política impiden, á quienes no la toman desde el comienzo á lo tendero, hacerse cargo de la realidad, ó hacérselo á tiempo.

Si Villergas, en vez de dedicarse á poner en la picota á los necios endiosados y á los honrados rapaces de su tiempo, se suma con estos últimos para asegurar un porvenir á los suyos, no hubiera él muerto pobre y olvidado, ni se vería hoy su hija vendiendo *El Motín* por las calles de Oviedo.

En casos como el presente me felicito con toda el alma de que no haya otra vida. Pues si la hubiera, y desde ella pudiera verse lo que aquí pasa, calcula tú las veces que Villergas se expondría á que lo desterrasen del Cielo, si en él se encontrase, por escribir sátiras sangrientas contra el que sacó los mundos de la nada, por lo pésimamente arreglado que dejó este planeta, ó por no haber intervenido eficazmente después para reformar todo lo que resultó mal en el primer ensayo, especialmente en este bendito país en que nacimos él, tú, yo y los imbéciles que se asemejan á nosotros.

Y si entrar en el Infierno yendo directamente de España no produciría gran impresión, porque la diferencia

apenas se advertiría, ir á él desde el Cielo sería horrible.

Lo dicho: me felicito de que no haya otra vida, pues de haberla, estaría Villergas expuesto á tener que exclamar algún día:

«No se pueden decir verdades, ni en la Tierra ni en el Cielo.»

LA LÁMINA

Las palabras de Jesús inspiraron el hermoso cuadro que hoy reproduce EL MOTIN.

El pueblo alemán, que profesa su religión, dice que se ha lanzado á esta espantosa guerra por mandato de Dios, «del que es brazo derecho».

Lo cual demuestra claramente que la doctrina de Cristo lo mismo se aplica á la paz que á la guerra, que igualmente se invoca para perdonar que para exterminar, y que, por consiguiente, lo mejor de los dados, es no jugarlos.

La derrota de Alemania

—¡Qué cosa más extraña! ¡No dice usted hoy nada de la guerra europea, don Germán!

—Es que ya va cansando una guerra tan larga, en la que todas las naciones van agotando sus energías.

—Sí, y además de eso la campaña empieza á presentar mal aspecto para los alemanes, aunque todavía se cree en el dogma de la infalibilidad del invicto Estado Mayor General prusiano.

—No exagere usted. Nosotros no negamos los reveses que han sufrido los imperios centrales.

—Excepto la batalla del Marne, que todavía dudan ustedes que se haya librado; el combate naval de Jutlandia, que según los alemanes y sus acólitos fué un triunfo ¡ya lo creo!, un triunfo tan grande, que la escuadra germánica no ha vuelto á presentarse ante la inglesa (y hace casi un año que se dió la batalla); la pérdida de las colonias, que es cosa secundaria; la lucha en Mesopotamia, otro frente secundario, porque avanzan los ingleses y los rusos; si avanzaran los turcos sería un frente muy principal, porque la victoria en él abriría el camino de la India; y, por último, en el frente occidental, la retirada de los alemanes, que es una mala pasada que Hindenburg les ha jugado á los aliados ¿no es verdad?

—El repliegue, no la retirada como usted dice, ha sido una maniobra para poder batir mejor á los ingleses. Lo ha explicado muy claramente el crítico militar de *El Neutral*, el coronel Kinina.

—En 1914 Jofre hizo una maniobra parecida, pero en peores circunstancias. Como entonces eran los franceses quienes cedían el terreno, la maniobra no se llamaba *repliegue*, sino *retirada* y aun *desbandada*, que terminó con la batalla del Marne. Pero hasta ahora los alemanes no han encontrado ningún Marne para los aliados, ni han desbaratado la línea enemiga, ni tienen esperanzas de recuperar el terreno que abandonan. Y ahora no se trata de un frente secundario,

—Sin embargo, ya lo dice el coronel Kinina: «No hay que desconfiar del triunfo definitivo de Alemania. Es una nación que cree en Dios, que respeta á su Kaiser y que tiene fe en los destinos de su Patria. Alemania es el pueblo escogido de Dios que castigará á la impía y atea Francia, á la anárquica Rusia, que ha destronado al Zar, y á la mercenaria Inglaterra, que hace la guerra con indios y con voluntarios».

—Dios, Patria, Kaiser... ¡ah, sí! La Trinidad carlista. Hubo en la edad antigua un pueblo escogido de Dios, Israel, que desde hace veinte siglos es, para la mayor parte de los creyentes en Dios, una raza maldita. No tendría nada de particular que á los alemanes, otro pueblo escogido de Dios, les sucediera algo parecido. ¿Quiere usted decirme á qué país extranjero podrá ir después de la paz un alemán con los odios que ha sembrado por todas partes?

—Puede venir á España.

—Tiene usted razón. A España han venido los frailes expulsados de Francia, Portugal y Filipinas; á España vendrán los alemanes que no puedan vivir en los países aliados. Alemanes y frailes... ¡bonito porvenir nos aguarda!

F. R.

Cine clerical

La tela de Penelope

—Vamos, ya era hora de que se dejara usted ver... ¿Dónde ha estado usted estos días?

—Hija, casi no he parado en casa. Han sido días muy ocupados: hemos estado de confesión y comunión, de procesiones, de velatorios, de petitorio, de Pascuas, ¡qué sé yo! Son días muy ocupados; ya sabe lo muy piadosa que ha sido siempre mi familia.

—Mucho...

—Son las tradiciones sagradas de nuestros padres, que siempre debemos respetar.

—Ya lo creo... Por cierto que me dijeron que la vieron á usted la otra noche en Apolo, no sé si en la tercera ó en la cuarta. Y que iba usted bien acompañada: un morenazo como un castillo y con unos bigotazos que le llegaban á las orejas.

—Por Dios, doña Braulia, no diga usted nada en casa... Ya sabe usted que ese señor y yo somos amigos desde hace mucho tiempo; sólo amigos, no vaya usted á creer otra cosa...

—No, hija, si yo no creo nada. ¿Qué tiene de particular eso? Una mujer y un hombre se pueden tratar lo mismo que los demás... ¿Pero, está enterado su confesor de esa amistad? Porque, la verdad, tanta confesión y comunión, y luego lo otro... son cosas que no se avienen bien.

—Mujer, enterado, enterado, claro es que lo está... Pero hay cosas que no se pueden cortar así como así; hija, son ya muchos días, y, la verdad, le tengo simpatía, y una no es de piedra y...

—No siga usted; ni una palabra

más. Pero ¿entonces por qué se mete usted en estos trotes de beatería? ¿No conoce usted que todo esto es perder el tiempo, y tejer y destejer, como Penelope?

—¿Quién es esa?

—Una que tejía una tela y luego la deshacía.

—Vaya un modo de perder el tiempo.

—Pues como usted; ó el de los bigotes ó lo otro...

—¿Y la sociedad, doña Braulia, y la familia?... Si una fuera libre é independiente...

—Pues nada, adelante con la farsa y vengan cuartas de Apolo y comuniones reparadoras, señá Penelope.

FRAY GERUNDIO

EN BUEN CAMINO

Se han empañado los mejicanos en hacerse simpáticos.

Véase lo que últimamente han hecho: Cerraron las iglesias de Querétaro, Celaya y Guadalajara, á pretexto de evitar la propagación del tífus.

Una Comisión de señoras se presentó al presidente municipal de Guadalajara, solicitando la apertura de algunos templos, y él les contestó que, hasta que el Consejo Superior de Salubridad divulgara las precauciones que deben tomarse en los establecimientos públicos, no podía complacerlas.

Se ha firmado un proyecto sobre la libertad de enseñanza, que dice entre otras cosas:

«Ninguna Corporación religiosa ó ministro de algún culto podrá establecer ó dirigir escuelas de instrucción primaria.»

Por la reforma del art. 5.º trátase de prohibir los votos religiosos y la existencia de las Ordenes monásticas.

Los delegados yucatecos han presentado un proyecto suprimiendo la confesión, y prohibiendo ejercer á los célibes que no hayan cumplido cincuenta años.

Signan por ese camino, y cuando completen su obra civilizadora, sirvanse enviarnos algunos propagandistas...

Y los meteremos en la cárcel por lo menos.

A no ser que se haya puesto en moda para entonces el ahorcar á los misioneros de la civilización, tomar do ejemplo de los salvajes que suprimen á los del catolicismo.

Y los llamo salvajes por seguir la corriente; no por creer que merecen tal nombre los que dan esa indiscutible prueba de buen sentido.

A los germanófilos vergonzantes que no se atreven á dar cínicamente la cara, y que aplauden á Francia y á Bélgica para probar la coartada, se les ha estropeado el principal sofisma que empleaban: el de que su amor á la libertad y la democracia les vedaba defender á unos aliados entre los cuales figuraba la autocrática Rusia.

Ya no hay en Rusia autocracia, sino democracia, y el pueblo es dueño de sus destinos.

Veremos qué inventan ahora.



“Yo os había dicho que os amárais unos a otros, así como yo os he amado.”

(Cuadro de Debát-Ponsan)

Devoción y bacalao

¡Qué caída tan espantosa la de una religión que empieza en la muerte de un Dios y acaba en medio kilo de bacalao!

En el Calvario se conoció que moría Jesucristo en que el sol se oscureció, los muertos salieron de sus sepulcros y el mar salvó sus murallas de granito y levantó sus montañas de espuma hasta las nubes; en el mundo se conoce que muere Dios en que los pescaderos no tienen manos bastantes para despachar peces y los tenderos de ultramarinos para vender bacalao.

¿Se acerca la Semana Santa? Están de enhorabuena los bueyes y los gansos, nadie atentará a su vida; las merluzas y el bacalao son los dueños del mundo.

Un médico, al hacer la autopsia, podría pronunciar muy bien estas palabras: «Se trata de un cristiano y en tiempo cercano a la Semana Santa, pues en su estómago no se ha encontrado más que bacalao.»

A la Virgen y a los Apóstoles no se les ocurrió este razonamiento: «Han prendido, maltratado y muerto a nuestro maestro? En señal de duelo vamos a comer bacalao.»

Las lágrimas por la muerte de Jesús son incompatibles con las chuletas de ternera; quien se conmueve al ver la sangre que se vierte en la cruz, instintivamente y sin que nadie se lo diga debe buscar sardinas, pescadillas, y, sobre todo, bacalao.

El clericalismo, siempre grande en sus pensamientos y en sus prácticas, ha creído que la escena del G. Igotha no estaba completa. Allí hubo un hombre Dios, muriendo como un valiente; una madre sintiendo la pena que sienten las madres cuando ven morir a sus hijos; una pecadora a quien se había perdonado mucho porque mucho también había amado; a unos discípulos fieles que hasta la muerte seguían a su maestro.

Todo esto es simpático, poético, grande, pero le faltaba un detalle, el bacalao, y ya lo tiene. Ahora a la idea de la muerte de Cristo en la Cruz, va unida indisolublemente la idea del bacalao y el potaje de espinacas.

Los hombres sienten a veces vehementes impulsos de quedarse con lo primero y dejar lo segundo; es decir, venerar la cruz y no comer bacalao; aceptar el Calvario y rechazar el potaje y las espinacas. Vano empeño. Al Calvario no se puede subir a llorar y pedir misericordia sino sufriendo la digestión laboriosa de las sardinas y el bacalao.

Los judíos fueron malditos por el crimen de haber dado muerte a Dios; los cristianos lo son por el de haberse comido una chuleta en tiempo santo. ¡Qué horror! ¡Estar ardiendo eternamente en el infierno por haber comido un filete!

Bequer decía: «Por una mirada un mundo.» El clericalismo: «Por un filete el infierno.»

Dícese, y créese en general, que los quebrantamientos del sexto precepto del Decálogo son los que condenan a un mayor número de hombres. No lo oreo. Más gentes han condenado y condenan el jamón en dulce y el pavo trufado.

Cuando yo veo por este tiempo una ternera y advierto sus costillas que debajo de la piel se dibujan, siento un terror pánico. «¡Cada una de esas costillas,

pienso, cada una de esas costillas es una sentencia de fuego eterno para el que se atreva, y siempre habrá alguno que se atreva, a gustarla y digerirla en viernes!»

Estar en el infierno como Isabel de Inglaterra por haber reinado, dominado y gozado durante cuarenta años, puede pasar; estar por haber comido un cuarterón de solomillo ha de ser una cosa insoponible.

Y hay aquí algo que es para poner admiración y espanto aun en los más incommovibles, y es que Jesucristo y sus apóstoles en Semana Santa, en Jueves Santo, cenaron un magnífico cordero como si fueran vulgares librepensadores.

Se me dirá que tendrían bula; pero contesto que no hay bula que yo sepa, exceptuando la de Meco, que autorice a comer cordero en Jueves Santo; y, además, no es creíble que el fundador de una Iglesia y supremo legislador en ella, empiece por quebrantar una ley para luego hacerla cumplir a todos los demás.

Cordero, sí, señor, cordero cenaron los apóstoles en Jueves Santo y día de su ordenación de sacerdotes.

¿Qué significa esto? ¿Será acaso que toda la grandeza del Calvario se ha perdido y no quedan más que verdaderas ridiculeces puestas y establecidas por los curas? ¿Consistirá en que éstos, en su afán de prostituir la religión para explotar a los pueblos, han llegado a hacer que Jesucristo y sus apóstoles sean malos cristianos y malos católicos?

Esta ley del pescado tiene además un carácter marcadamente anticristiano, toda vez que viene a favorecer a los ricos con grave detrimento de los pobres.

Comerás pescado; y vienen para los ricos las rosadas langostas, delicados salmones, sabrosas ostras, blancas merluzas y feos calamares; hermánase la leche con el merengue y los huevos para formar riquísimos platos de dulce, que deleitan y nutren al mismo tiempo; corren los vinos hechos *ad hoc*, que tornan más sabroso y hacen digerir perfectamente el pescado, y el día de vigilia se convierte en un día de gula y de banquete.

Tiene el pobre que desprenderse de su tabla de salvación, el cocido. Y ¿qué comemos? se dice en las casas de los pobres que son católicos. No hay más salvación que el bacalao. Pero éste, dicho sea con todos los respetos que merece el noble pueblo de Escocia ó el no menos noble de Noruega, es algo que llena un espacio y no tiene substancia; tiene sabor y no alimenta; se masca y hay sus dificultades para tragarlo; se deglute y las hay más serias aún para digerirlo. Le pasa algo parecido a lo que sucede con los obispos.

El bacalao cuesta un triunfo tragarlo y luego no alimenta. Con los obispos sucede que cuesta mucho llegar a ellos y luego se indigestan.

Pues bien, el rico va a paseo el día de vigilia con el color más sonrosado y la mirada más brillante, porque ha comido y bebido mejor; el pobre... Yo he visto pobres trabajadores, fanatizados por algún cura, caer desmayados por falta de alimento sobre las virutas del taller ó el yeso de la obra.

Aun en la gente que no trabaja tiene consecuencias funestas el reinado de la vigilia y el ayuno. ¡No reunís nunca en una iglesia una muchedumbre de viejas y viejos alimentados con judías! No los reunís, y si los reunís, no entréis en

aquel local para nada. Allí el sermón, el rosario, la meditación, todo se hará como se celebraron las Cortes de Cádiz.

¡Qué cosas tan sublimes y qué cosas tan estúpidas y tan pequeñas!

El mundo actual es imposible que vea nunca grandezas en el Calvario. Ve la cruz con una bacalada colgando de cada brazo.

Mira a la Virgen y descubre a su lado un pescadero.

Oye gritos de los judíos y le parece que son los de los pobres carniceros arruinados por la sardina mística.

Piensa en el sacrificio cristiano y se le ocurre que el modelo perfecto del católico en Cuaresma es... el gato que, por su gusto comería de vigilia toda su vida.

En una palabra: el bacalao empuja a la cruz, ó la cruz honra demasiado al bacalao.

G. B. DE S.

Martingalas

Noticia que ha corrido por los periódicos estos días:

«El vicario de una parroquia ha entregado en una Casa comercial 21.875 pesetas, que un penitente le entregó recientemente bajo secreto de confesión.

Recientemente ha habido otras dos restituciones de 8.000 y 600 pesetas, respectivamente.»

Aun suponiendo que todas las noticias de esta clase sean ciertas, que lo dudo, siempre resultará lo siguiente:

Que para lo mucho que se roba en España, esas restituciones representan lo que una gota de agua en el mar.

Y que, estando demostrado que todos los grandes ladrones son católicos en España, únicamente algún que otro pichirichi del gremio devuelve cada tres ó cuatro años las pesetillas que apandó, sin abonar réditos, como sería lo justo y equitativo.

Todo lo cual demuestra la ineficacia de la confesión para despertar remordimientos en el corazón los ladrones.

EL PLAGIO

Defendíase Dumas en cierta ocasión del cargo de plagio: «Observad, decía, que un pirata roba y Alejandro conquista. En el fondo el ladrón y el héroe hacen lo mismo. Pero la humanidad cuelga al ladrón de una horca y depone coronas de laurel a los pies del héroe.

Pues lo mismo sucede en literatura. Todo está descubierto. No hay nuevos Colones porque no hay nuevos mundos. Hemos recorrido la tierra y no hemos encontrado un nuevo continente; se acaban también los países ignotos en la inmensidad del espíritu. Todos vivimos en tierra conocida, todos copiamos. Solamente que así como hay piratas y héroes, hay en las letras plagios y conquistadores. Yo no he robado: yo he conquistado.»

Yo, hablando de mí

por José Nakens—2 pts.

Sospecha confirmada

La que tuve hace un par de meses acerca del paradero de Don Quijote, ha resultado cierta. Está en los Estados Unidos. Léase en prueba de ello este hermoso artículo de *El País*:

DON QUIJOTE DE NORTE-AMERICA

Los Estados Unidos se nos han llevado la Biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros; el portentoso retrato que del cardenal Niño de Guevara pintara el «Greco»; muchos otros cuadros; manuscritos, códices y libros, y, acaso, lo mejor del genio de Sorolla, que para el Museo Hispano ha pintado sendas representaciones de las regiones españolas y de Portugal. No sentimos que vayan a Norte-América tesoros artísticos e históricos, que aquella nación sabrá devolvérselos con historias como las del descubrimiento de América, los reyes católicos, y la de la literatura española; lo sensible, y aun lo pavoroso es que nuestro ingenioso hidalgo «Don Quijote» haya dejado de ser de la Mancha para ser «Don Quijote» de Norte-América.

Sí, bachiller Sansón Carrasco, firmante de Mensajes germanófilos, asesino del mejor caballero en la playa de Barcelona, matador del ideal, farsantuelo caballero de la blanca luna y de los espejos, nuestro Don Quijote se nos ha ido, dijérase que se nos había evaporado, y la cuarta salida la va a hacer por el puerto de Nueva York, saludando a la estatua de la Libertad, su Dulcinea.

Sí, padre cura, graduado en Sigüenza, sede ahora del obispo romanista ex-sepulturero de la Concepción, admirador de Germania y perseguidor en tu tierra de la libertad de conciencia, se te fué Don Quijote. Se os fué, rapabarbás vendedor de tu voto y de tu conciencia; caballero del verde gabán, tan admiradores del buen arte del Gobierno en deshacer la amenaza de huelga general; Ginesillo, concejal liberal del Ayuntamiento de Madrid; duques frívolos y crueles, aduladores de Cermania, se os fué «Don Quijote».

El más apenado y el que más razón tendría para estar pesaroso, fuera su escudero y vecino Sancho Panza si no hubiese cambiado de señor y no hubiese puesto en otras locuras sus esperanzas. Sancho Panza sirvió a Don Quijote sabiendo que estaba loco, engañándole a veces, y confiando, no obstante, a pesar de conocer bien la locura de su señor, en lucrarse con el botín de los combates, con los despojos del vencido y en toparse con insulas pingües que gobernar y hacer suyas.

Don Quijote se nos va, se nos fué; su espíritu, el qui jotismo, se volatilizó y encarnó en aquellos pueblos que comparáramos, ya con los yángües, ya con los cerdos de aquella piara que pasó gruñendo sobre el hidalgo manchego. En cambio Sancho Panza, siempre español, se ha hecho más español cada vez, hasta ser hoy el tipo artístico representativo de la nación española. El buen español, el que se proclama a sí mismo buen patriota, perfecto español, es neutral. Socarrón, ladino, egoísta, a cada uno le toca su San Martín—dice—queriendo expresar, con su filosofía parda, que antes anduvimos en guerra y nos despojaron, de

lo que deduce que hoy, que otros sufren el mismo mal, procuremos vivir en paz y enriquecernos a su costa si podemos. Y cada uno en su casa y Dios en la de todos; que en su casa más sabe el loco que el cuerdo en la ajena, y no hemos de meternos en lo que no nos va ni nos viene. La paz ante todo y sobre todo. Nada de qui jotismos. Arrimémonos a la Alemania, y por lo que le gustaba a Ricote, por haber por allá libertad de conciencia, sino por tener submarinos que imponen la ley en los mares, y, sin decir Jesús, echan al fondo del mar embarcaciones como catedrales, llenas de pasajeros. La guerra es así; la guerra es la guerra. No lloremos penas ajenas que las nuestras son evitables con no darse a la mar los marinos y no vender al extranjero lo que tengamos en casa para nuestro sustento. Y luego, en premio de nuestra lealtad en la servidumbre, bien puede ser que los grandes Imperios nos devuelvan Gibraltar y Orán, nos regalen Portugal, y, acaso, acaso, que de menos nos hizo Dios, quiten Puerto Rico y las Filipinas a los desafortunados yanquis, y nos encontremos de nuevo con esas insulas, como yo me topé de manos a boca con el rucio de mis entrañas.

¿No discurren así nuestros Sanchos? Pues Sancho Panza es el héroe o el hombre representativo de España, mientras que «Don Quijote» ha dejado de ser el hidalgo manchego para convertirse en caballero de la República norte-americana. Vedle, sobre clavileños de la moderna industria, desenvainada la espada ó enristrada la lanza, dispuesto a pelear con los gigantes más feroces y espantables que han visto los siglos, para ser amparo de las viudas y doncellas, de los niños y ancianos que ora sepultan en el fondo de los mares, ora asesinan en sus mismas casas, ora arrastran consigo a trabajar en servidumbre de las más afrentosas y crueles. Campeón de la Humanidad, con frase qui jotésca, se proclama a sí mismo el hidalgo norteamericano, que reta a singular combate a los gigantes y encantadores que tienen cautiva a la dulce, poética, musical y filósofa Germania, y tras robarla su libertad, la han convertido en fiera robadora de la libertad de los otros pueblos.

¡Oh! valeroso Don Quijote, gloria de España, dásela a la República de Washington, y haz que, siguiéndote, liberte pueblos y liberte mares, imponga el derecho sobre la fuerza y sea loquero de esta Europa empetacada. De la Humanidad eres campeón, de la libertad héroe. Luchas por el fuero, no por el huevo. Desprecias conquistas, renunciás por anticipado a compensaciones; das millones a la patria de Labayette, y libertas del hambre, de la miseria y del acabamiento de todo tráfico a los pueblos humildes, impotentes ó cobardes que bajaron la cabeza a las órdenes prohibitivas del coloso del arremangado brazo.

¡Acordáos del Maine!, dijisteis cuando vuestra República se deshonró, se negó a sí misma, convirtiéndose en Imperio ladrón de archipiélagos é islas de España. Aquella nación de Mackinley la reivindica esta qui jotésca aventura. Todavía en 1898 quedaba qui jotismo en España. Por eso nos respetáis, nos ensalzáis en vuestros libros, agasajáis a nuestro Cajal, y pagáis con largueza los lienzos de Sorolla. Acordáos de Don Quijote, al acometer la más que gloriosa y heroica empresa, la qui jotésca aventura, y ese

recuerdo será el único lenitivo para los españoles, dominados en su patria por los Sanchos, a los que nos apesadumbra y llena de confusión y vergüenza el ver al hijo de Cervantes, al hidalgo manchego, de héroe de una República extranjera, que no era nada cuando España era mucho todavía.

El mensaje de Wilson es idealista, es sublime, es, volvemos a decirlo, qui jotésco. Un pueblo que así comienza la guerra, merece triunfar, y triunfará. Lo anhelamos. ¡Pobres compatriotas de Don Quijote condenados a ser «ojalateros» de la victoria de la humanidad, de la libertad y el derecho, ó a ser lo que Sancho Panza, el imaginado y no existente hombre representativo de una España también apariencia, apariencia de nación.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

En una de las conferencias para mujeres solas dadas recientemente en la Coruña, un jesuita condenó el deporte de patinar y dijo:

«En una ocasión llegamos otro padre y yo a una ciudad en la cual había de realizarse una fiesta de patines, y pensamos que debíamos inventar algo para acabar con tal afición. Aprovechando el ser yo amigo del jefe de policía, se me ocurrió que éste reclutara y vistiera elegantemente a una porción de prostitutas para que asistieran a la fiesta; así lo hizo, y las señoras bien, al darse cuenta, se retiraron, dejando el campo libre a las prostitutas.»

El recurso a que apelaron no fué ni moral ni decente, aunque por esto mismo muy propio de jesuitas.

Por lo demás, vaya usted a saber si entre las acostumbradas a patinar y las intrusas había muchos puntos de contacto.

Las apariencias engañan.

Hablando en plata

¡La caridad oficial y la religiosa! Nada más inútil ni más inmoral. Sólo sirven para que vivan en grande los intermediarios entre los que dan el dinero a los pobres.

No se da un paso sin encontrarse hoy con una señora pedigüeña, ó con una monja que va en coche a pedir limosna para los desvalidos. Y el resultado, ya lo estamos viendo.

Es verdad que si destinaran el producto de la caridad a socorrer la desgracia, ni podrían ellas vivir como viven, ni levantar edificios que cuestan millones.

¡Cuántos pobres que se mueren de hambre mientras los asilos se construyen, podrían salvarse! ¡Cuánta mujer arrastrada al vicio por comer, redimirse! ¡Y cuánto hombre que arrastra grillete por lanzarse al mal camino harto de pasar miseria, se vería hoy libre y honrado!

Al pensar en esto, avívase el deseo de que venga pronto el reinado de la justicia brutal para acabar con muchas virtudes criminales.

CIEN SONETOS.

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta

La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

Con la intención basta

En la nunca ponderada villa y corte de Madrid, el año cuarenta y cinco sobre ochocientos y mil, en una iglesia parroquia que yo no sabré decir si era de San Ildefonso, de San Ginés ó San Luis, ocurrió el curioso lance que ahora voy á referir: atención, mano al botón, que lo bueno empieza aquí.

Un estudiante tunante, hombre de ingenio y ardid, que sin mojarse en aceite puede arder en un candil, se fué á cumplir con la Iglesia sus culpas á sacudir, que siempre debe estar limpia la conciencia estudantil.

Halló un cura que no supo si era cura ó jabalí, en las tinieblas meciendo su inmensa cabeza gris. La plaza estaba vacante, arrodillóse por fin, y, atención, mano al botón, que lo bueno empieza aquí.

—Diga, hermano —Digo, padre... (y padre debió decir, porque padres son los curas... de las almas, ¿no es así?)

—Si no trae alguna mancha digna del eterno fuego, hable y acabemos luego; yo tengo la manga ancha.

Acúsome, padre mío, que soy muy mal hablador.

—¿Muy mal hablador? Mejor; yo también; sigue, hijo mío.

—Padre, decir me precisa mi conciencia, lo confieso... no me riña usted por eso; que casi nunca oigo misa.

—¡Jesús! dijo el hombre gordo.

—Escuche usted, por favor; yo no oigo misa, señor, porque soy un poco sordo.

—Bien, respondió el cura amigo con halagüeña sonrisa; mil veces yo no oigo misa y eso que soy quien la digo.

—¿A tus padres has honrado?

—No, señor.—Eso es atroz, exclamó el cura feroz; ¿cómo ese horrible pecado?

—Porque soy pobre, y yo infeliz, sábelo Santa Nemesis, padre mío, que en la Iglesia no hay honras si no hay dinero.

—Bien. ¿Ha hecho alguna muerte? que eso sería fatal.

—Padre mío, por mi mal no lo niego, ese es mi fuerte.

Aquí el padre pegó un brinco que sólo el pavor remeda, temiendo lo que se veda en el mandamiento cinco.

—¡Habla, pecador, de lejos!

—Padre, tenga usted cachaza; mi pecado es que en la caza maté ayer cuatro conejos.

El séptimo no hurtar, —dijo el misero estudiante.

—¿Y el sexto? —Nada. —No obstante...

—Padre, dejadlo pasar.

Aunque vaya á los infiernos por tan horrible pecado, diré, padre, que he robado muchos corazones tiernos.

Bien merece esto perdón sin que yo lo solemnice, por aquel refrán que dice: *la ocasión hace al ladrón.*

¡Hay mujeres en verdad que dejan en ocasiones robarse los corazones con tanta facilidad!...

—Razón tienes, penitente, dijo el grave confesor enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Padre, está usted convulso. —¿Qué quieres! La cosa es seria; tratando de esta materia me suele temblar el pulso.

Prosigue tu confesión, hermano mío, si quieres; veremos si eres ó no eres digno de la absolución.

Aquí el misero estudiante dijo entre sí y para sí:

«¡Por vida de Jesucristo, que tengo el alma en un tris! ¿Cuándo este buen sacerdote se cansará de gruñir?

¿Qué tendrá que preguntarme si de todo cuentas di?

¡Pobre estudiante! Ignoraba su posición. ¡Infeliz!

¿El año cuarenta y cinco contentarse con decir,

no he matado y no he robado? Torpeza, torpeza ruin.

Faltaba el pecado monstruo, faltaba el pecado vil, ante el cual todos los crímenes son hoy un grano de anís.

Una espuerta de tabaco metió el cura en su nariz, lanzó un regüeldo maestro capaz de armar un motín, y dijo: —Escúcheme, hermano.

Y yo vuelvo á repetir: atención, mano al botón, que lo bueno empieza aquí.

—Dime, pues, buen estudiante, cordero manso, inocente, ¿tú lees el *Judio Errante*? Confíesalo francamente.

—No, señor; (ya del barranco salí, por Dios, sin saberlo;)

mas, señor, si he de ser franco, tengo intención de leerlo.

—¡Intención! ¡Ay, San Antonio! Ese es un atroz pecado;

á ti te lleva el demonio; vas á morir condenado;

en gran apuro te ves; mira el terreno que pisas;

es preciso que me des cuatro duros para misas.

—¡Cuatro duros! (¡Ay que apuro!)

—Nada menos, hijo mío.

—Pero, padre, ¡cuatro duros por pensar leer el *Judio*!

—Eres un mozo muy tierno. ¿Piensas que es poco, simplón,

que te libres del infierno por ochenta de vellón?

—La prohibición aumenta mi deseo, padre mío;

consiento en dar los ochenta con tal de leer el *Judio*;

que es pretensión algo tosca, señor cura, bien mirado, querer que afloje la mosca sin cometer el pecado.

—Eso no tiene perdón, ¡maldita sea tu casta!

—Sólo tuve la intención...

—Hijo, con la intención basta.

Afloja la mosca, amigo, si no tratas de perderle,

porque de veras te digo que yo no puedo absolverte.

Te daré la absolución, ó va tu alma de esta vez á encajarse de rondón

en las calderas de pez.

Si te coge entre sus garras el feroz Pero Botero,

verás cómo te achicharras. ¿Tiemblas? Pues daca el dinero.

—¡Ah! ¡Padre mío, perdón! dijo el muchacho. (¡Qué apuro!)

Deme usted la absolución y daré los cuatro duros.

El cura tomando un polvo alargó la mano ufano,

y al oír, *ego te absolvo* besóle el joven la mano.

—No la alargó yo por eso, (dijo el del cabello gris);

pues en tu bien me intereso, suelta los maravedís.

Sacó la moneda ufano el muchacho con dulzura,

pero retiró la mano al ver la mano del cura.

¡Daca! el confesor clamó; ¡daca, por la virgen casta!

Y el muchacho respondió: —Padre, con la intención basta.

Se fué á tomar comunión, salióse el cura tras él,

el uno echando el pulmón, el otro echando la hiel,

el cura siempre diciendo: —¡Maldita sea tu casta!

y el muchacho repitiendo: —¡Padre, con la intención basta!

J. MARTÍNEZ VILLERGA

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12.